

la madre de los aires  
JOSÉ LUIS PUERTO



Editorial  
PARAMO

## ENTRADA

A raíz de la creación de *Las cordilleras del alba*, obra publicada en 1991, se desencadenó un proceso de escritura de lo que podría llamar “prosas de la memoria”. Aluden todas ellas a ese tiempo de la niñez rural o campesina, que en mi existir funciona como tiempo de la gracia, que es lo mismo que decir tiempo de la plenitud, pese a las carencias materiales de todo tipo.

Uno de los resultados de tal proceso es esta entrega de *La madre de los aires*, expresión que recibí de labios de mi abuelo Pablo, que él pronunciaba cuando bufaba el viento, provocando un ulular que amedrentaba, pero que, sobre todo, a mí me llevaba a todo un mundo de ensoñaciones, al aliarse entre sí el bufido del aire y las sílabas de esa expresión tan evocadora que utilizara mi abuelo para aludir a aquel bramido del viento, amenazante y atemorizador, que se adentraba por rincones y callejas, en nuestra busca.

Cronológicamente, estas prosas de la memoria están creadas a lo largo de los años noventa del pasado siglo. Tan cerca, tan lejos, pero tan vivo siempre, por un proceso de escritura que nos llevaba a un territorio, el de la gracia, que también exploramos en *Señales* (1997).

Ahí van estas sílabas, por si fueran capaces de provocar algún temblor en quien las leyere, pues tratan de descifrar el corazón de la memoria.

(otoño de 2020)

## AURORA DE LAS CORDILLERAS

### 1

Hay un momento del mundo, un momento del tiempo, que es el que más nos corresponde: la llegada de la aurora, la llegada del alba. La luz nos devuelve la materia como un don, como regalo a los ojos; es un ofrecimiento a la mirada que reconstruye el mundo. Y es el momento de la metamorfosis de la luz, que se nos revela en cualquiera de las estaciones: Primero, una lámina fría, como del color de la plata o del estaño, que parece querer vencer a la tiniebla, a la que la luz da alcance. Luego, poco tiempo después, un incendio celeste sucede a la frialdad, y el aire se inflama de tonos anaranjados y rojizos. Mas sigue la sucesión y un blanco, ya más purificado por la claridad, va sobreponiéndose a los fuegos de la aurora para dar paso al azul, a ese azul tan delgado, todo lleno de suavidades, con el que la mañana se adueña del espacio. Y nosotros, del mundo. La melodía del despertar se ha realizado y el tiempo es plenitud y la mirada, don. El azul, equilibrio, que nos concierta en armonía con el mundo.

Y la vida se hace entonces trabajo, melodía, sonido. Es el momento del sonar de los yunques, de cencerras y esquilas, del golpear de las herraduras contra el granito del empedrado, del mugir, de las voces, que son ofrenda al aire y al espacio todo. Mas primero, del momento en que la derrota de la noche ya es presagio y anuncio, surge el canto del gallo, canto del límite, de la sutura entre la tiniebla y la luz. Es un canto que arranca desde los cortinales y se extiende por todo el ámbito de Alfranca; quiquiriquí afilado que pareciera querer romper y desgarrar el velo más invisible de los aires tenebrosos, mediante una llamada o invocación de la luz.

La fuente, sin embargo, tiene otra melodía: es continuidad monótona, es fluir en una expresión de pureza que apenas se escucha si no se está atento. Todos los sonidos del día apagan el de la fuente, que se queda como callado, como si la pureza estuviera ahí sin destino alguno, solo como destello si unos rayos del sol fueran acogidos

por el agua. Por ello, el momento del sonido de la fuente es la noche, cuando todo movimiento cesa y la vida es quietud. Entonces se afirma este caer del agua de los caños en el pilar de granito, que la recibe aceptando su sonoridad húmeda, que parece tener voluntad de mecer el sueño, de ahí que llegue hasta los recintos de las alcobas, desde donde hemos escuchado, en muchos momentos, este fluir de la fuente con oídos desvelados.

## 2

La nuestra es una aurora de las cordilleras. Siempre hemos contemplado la llegada de la luz sobre las crestas de las montañas, en un perfil primero muy oscuro contra el horizonte, y luego clareándose en grises, azulados, para terminar en el verde que otorgan a las faldas los brezos, escobas y retamas, jaras, carquesas y piornos; y, en la cima y sus cercanías todas, el color de las pizarras y granitos.

Aurora de las cordilleras. Luz sobre las crestas de las sierras, que luego va descendiendo hasta los árboles y que otorga sus verdes o sus grises a castaños y robles, a nogales, perales y manzanos. Para terminar descendiendo a los lechos de los valles, a los paredones de sembradura y a los cauces de ríos y regatos, en cuyas orillas se elevan los alisos, en un reino umbrío de humedad, que pareciera no querer recibir la luz. Pero las truchas, moteadas con puntitos asalmonados y con su lomo de plata, son tan solo fulgor cuando el sol las visita y llega hasta los fondos limpiísimos de las aguas.

Una aurora de luz, en descenso hasta ocuparlo todo: Las rocas, los árboles, las aguas, los ganados y las bestias salvajes, los animalillos, los sembrados, caminos y vericuetos. Y hasta el caserío de Alfranca y sus moradores.

Una vez levantadas las gentes, puede observarse sobre los tejados de las casas el ángel azul del humo. Las mujeres encienden la lumbre y, al fuego solar, corresponde ese otro fuego de la vida del hombre, que se halla entre los pucheros y los utensilios que contienen el alimento. Los hogares con la leña ardiendo son otro signo de la mañana. Y las alas del humo ascienden hacia el aire y en él

se disuelven, para ser vuelo invisible, vuelo de luz que celebra el mundo.

La aurora se vuelve cordillera, castaño, aliso, trucha moteada, ángel azul que encuentra su morada en el aire, en la luz que es ofrenda.

## HACIA LAS PEÑAS ALTAS

En el límite aquel de Alfranca, marcado por La Puente, se hallaban todos los escenarios de vuestra delicia. Los de aquellos momentos más vuestros, fuera del alcance familiar o de la disciplina, tantas veces incomprensible, de la escuela.

Y te parece ahora que solo con nombrarlos puede producirse una resurrección de todos ellos, así como de todo lo que en aquellos ámbitos realizabais. El cortinal con su cerezo, al que siempre sentiste como madre antigua, de lo viejo que era, junto al río. El rincón de las Espeñitas, con su caño de agua; con los rulaeros de granito por los que os deslizabais, con peligro para las culeras de vuestros pantalones cortos; con la nogal aquella tan acogedora y sombría, que derramaba intimidad. Los espacios del río, con sus charcos, sus peñas o sus tomas de agua para el riego; con aquellos árboles y arbustos que hasta él se asomaban desde las orillas: saúcos, nogales, cerezos o guindos, toda una constelación de ramajes deliciosos que parecía proteger vuestros secretos. El conventino y su barandilla de hierro forjado, en cuya superficie plana que servía de agarradero, tantas veces depositasteis vuestros labios para sentir el frío del metal, un frío que llegaba hasta el corazón y que os provocaba aquella quietud sensorial en la que os quedabais como paralizados, hasta que algo o alguien, siempre exterior, acudía en vuestro rescate.

Escenarios dentro de los límites, dentro de Alfranca todos o en el mismo río al que las casas daban. Pero había otros más allá, verdaderos ámbitos para la aventura, por ello más vedados y también más apetecibles. En cada uno, realizabais labores y juegos que a los mismos correspondían, según una costumbre marcada desde antiguo.

En la repisa rocosa elevada sobre el suelo, pero con una base de tierra bien pisada y ya dura, defendida por unos peñascos que le otorgaban intimidad, jugabais a las cocinas, a las madres y a los padres. Las niñas hacían de madres y en los huecos de la pared, de granito y musgosa, colocaban los alimentos. Los trozos de tejas molidas se convertían en pimentón; los de tiza o de yeso, en azúcar o en sal; los chinarrros, según sus dimensiones y formas, en huevos, alubias o garbanzos; determinadas semillas de plantas, en granos de arroz; los

ombligos de venus, en materia para ensaladas y verduras, lo mismo que otras hierbas y briznas del lugar; las malvas, en tomatinos...; e ibais así transfigurando la materia próxima, lo inservible y lo desaprovechado, y con ella regalabais a vuestra pobreza verdaderos festines de formas y colores, pues de cazuelas y de platos y de vasos y demás recipientes servían, según conviniera, hojas, piedras planas o curvadas, trozos de vasijas rotas de barro o, en fin, todo lo que se aproximara a la función para la que se les requiriera.

Adentrándose por la vereda hacia la lejanía de huertos y de montes, el primer lugar era el molino, con su canal de agua que hasta él conducía, elevado y con sus bordes de granito perfectamente delimitados, que recorríais con una cierta sensación de vértigo; y la sima angustiosa de la tolva, que os producía un miedo atávico con solo intuir la próxima. Una imagen te queda de su puerta de entrada: la de unos jabalíes cazados, colgados de su dintel de madera y desangrándose gota a gota, desde las estalactitas de la muerte, en un destilar que impregnaba el suelo de rojo y coloraba con aquella intensidad triste el gris de la tierra. Un grupo de hombres a su alrededor cerraba el rito con sus voces sordas, cuyo sentido no captabais.

Más arriba aún, las peñas del Corral Concejo, con sus elevaciones, desde las que se divisaba Alfranca y todo aquel escenario de cordilleras y de bosques, y sus simas entre ellas. Tenían lugar en aquellas oquedades los juegos de la generación, propugnados por la picardía de los más avezados. Una niña se tendía debajo y sobre ella un niño, en la simulación de un abrazo cuyo significado no entendíais. Eran unos segundos de quietud e incertidumbre, sobre una cama de helechos arrancados y secos, hasta dejar el turno a la pareja siguiente.

Otras veces, si el calor apretaba, os dirigíais hacia un charco desde una senda por encima del molino. Era una poza íntima y secreta, el Charco de la Parra, enmarcada por las paredes de los huertos y canteros que hasta las aguas asomaban. Allí el frescor os libraba de los ardores del verano. Y bañarse, sin el permiso ni el conocimiento de los padres, se convertía en un acto de autonomía propia.

Escenarios todos ellos de un tiempo de oro, en un jardín del que nadie arrancaba sus manzanas míticas, y al que pertenecíais, en aquel tiempo de la gracia del mundo. Jardín nunca perdido para quienes tuvisteis la dicha de vivirlo y formar parte de él.

## TIEMPO DE LAS MANZANAS

Septiembre de manzanas. Madurez de los frutos, en los árboles, a los que entonces llega la época del cumplimiento, que es despojo y ofrenda, madurez y caída. Formas y aromas que se os muestran como dones para subsistir, a través del trabajo, también de privaciones. Pero esa precariedad, ese estar con lo mínimo, nunca os negó la vida ni toda su belleza.

Estás con el abuelo y con la madre en el prado de los manzanos. Sus paredones, en los que habita la geometría, descienden al regato con hileras de alisos; y, en ellos, los manzanos, con toda su cargazón. Las luces del otoño pierden intensidad y van hacia el declive de los oros que envuelve las cosas con un velo invisible de melancolía.

Te quitas las sandalias y agatas por el tronco del manzano y, por las ramas, trepas. Entrizas tus pies en cualquier horca, en busca de un apoyo. Cuelgas la cesta, de tiras de castaño, mediante el garabato, en alguna de las varas. Y acercas a la manzana tu mano.

Es el momento de la escisión entonces. La palma se acomoda a la curva del fruto y siente su tersura, su brillo ya maduro, como de plenitud. Y, cuando se produce la caricia, que es posesión pero también cuidado, un golpe corta la manzana, que la mano, muy leve, deposita en la cesta.

Se llena el recipiente y descuelgas la cesta, a la que haces bajar por medio de la soga. La madre y el abuelo la recogen y vacían los frutos en los banastos. Y transcurre la tarde. El sol se va alejando tras los montes. Los aires aromados inundan vuestros pechos. Ese no es el momento del fulgor de las flores, sino del cumplimiento, que es madurez y pérdida.

Cargáis, con los banastos, una vez aparejada, la caballería. Y regresáis a Alfranca, por caminos de escobas y castaños, de robles y paredes de granito y sosegados brezos. La luz en retirada cede espacio a las sombras. Ocupa vuestros labios el silencio, pues habéis entregado al cansancio la sangre.

Y ahora el tiempo te trae otra vez las manzanas. Ya su aroma no llega por las narices niñas, sino por la memoria, donde estaba dormido. Sus nombres te devuelven momentos del otoño. Pronúnci-



los. Las sílabas recrean aquel gozo, que es la herencia que os dio la vida aquellos años de escasez y pobreza. Reinetas. Sanjuaniegas. Pedrominganas. Dulces. Coloradas. Camuesas. Normandas. Verdonces. Tantas...

## LOS HUERTOS

Las líneas de los caños en los paredones. Toda la tierra tan bien distribuida que denota pasión oculta por el orden, por el equilibrio, por la regularidad. Sucesiones de hileras grisáceas o amarronadas. Caños, agrupados para el riego en cuartijones y estos, en mielgas, según una disposición que hace llegar el agua a todos los lugares.

Las manos campesinas han manejado el sacho con habilidad; han ordenado lomas y laderas, creando huertos, divididos en paredones, con sus muros de granito, a fin de evitar que la tierra se pierda ante lluvias y riadas. Manos trabajadoras y cuerpos enseñados a curvarse ante el surco, ante el sembrado, en una relación con la tierra que es de servidumbre, pero también de entrega, y que supone una simbiosis del hombre con la naturaleza, como condición de subsistencia y de vida.

Has guiado las aguas por los caños y hasta los surcos las has conducido. Su frescor circundaba tus pies descalzos, empapados en ellas. Y su masa corriente te ha cosquilleado la piel. Aún suena en tu memoria el rumor que llevaban por los cauces de tierra; un rumor que era música húmeda y tan nítida y baja que había que tener muy atento el oído para percibirlo.

A veces, las toperas recibían el agua, que entraba por su descenso oscuro, y era como un robo. Tú, entonces, con un pie las tapabas; o arrancabas un terrón para, en su lugar, colocarlo; o, por medio de una sachada de tierra, las hacías desaparecer. Las plantas, una vez recibida el agua por sus raíces, remozaban el verde de sus hojas, volviéndolo más oscuro. Y los tallos se erguían, tan lozanos, ostentando en silencio su verticalidad. Y, así, las matas de patatas o judías quedaban transformadas por las aguas, que hacían revivir el fulgor vegetal.

Las líneas de los surcos. Las hileras de caños de los huertos de Alfranca. Los cuadros caprichosos de los paredones, tan exactamente encajados, unos junto a los otros...

De aquella contemplación, hecha vida a través del trabajo, heredas-te la pasión por la geometría, que es pasión de la claridad, del orden, del rigor, de la exactitud. Un camino que siempre conduce al equilibrio, a la armonía, a la serenidad..., que en ti habitan y siempre te acompañan.

## LAS CHARCAS

Lugares del agua. Manantiales de los que brota, a través de los ojos de la tierra, el líquido desde lo oscuro. Y ocupa su materia húmeda el espacio: el estanque, el pozo, la charca, y crea allí su hábitat, su recinto de vida, al que acuden las plantas y los animalillos.

Las formas de las charcas tienden al círculo, como emblema quizás del espacio. Aunque, en tantas ocasiones, muestran querencia por lo irregular; son los caprichos del relieve.

En torno de sus límites, los alisos expresan su verticalidad y crean con sus ramas, que tienen el tamaño de la delicadeza, un ámbito umbrío, propicio para acoger el misterio y ese temblor que acude a nosotros cuando penetramos en lo desconocido.

Corro de los alisos. En tantas charcas y estanques de Alfranca. Ámbito vegetal en que la sombra ocupa un reino de delicia. Y, frente a él, nosotros solo podemos asomarnos, como queriendo ser partícipes de lo que allí es celebración, con el solo estar en esa disposición y en ese orden, en esa armonía que es maravilla y que no exige sino ser descubierta. Ahí se halla revelada, ante tanta opacidad de nuestros ojos.

Y las salamantigas. Residen en las aguas de las charcas, en los fondos oscuros, tan quietas, sobre un lecho de hojas de alisos. Los negros y amarillos de sus lomos señales son de lo escondido y, como todo lo moteado —según cantara Hopkins—, alabanza de Dios. Reptiles de los fondos de las aguas, también señal de gloria de la divinidad.

Cuántas veces te has asomado a alguna de las charcas, te has tendido de bruces y has mostrado tu rostro a las aguas paradas y quietas; siempre ellas te han devuelto la imagen de tus ojos, a los que han fascinado, haciéndolos mirar hacia los fondos mudos, y en ellos las imágenes de la vida minúscula que se arrastra sobre las hojas muertas de los alisos y allí depositadas. Y has acercado tus labios hasta ellas, hacia la superficie; la humedad del contacto, el llevar la materia líquida hasta tu boca, te ha hecho comulgar con el latir del fondo, con ese espacio mudo, circular y secreto, con el corro de alisos que protege las aguas. La quietud amarilla de las salamantigas te ha hecho temblar de miedo el corazón.

## PÁJAROS DE LAS CALLES

Hay pájaros del campo y pájaros de las calles. Hermanos todos ellos de Francisco de Asís. Busca cada uno su espacio, con el que siempre relaciona sus vuelos y sus trinos. Yo hoy os quiero hablar de los pájaros de las calles, de su contacto con el medio del hombre, de esa compañía volandera y sonora que nos dan y que es tan amigable.

Las golondrinas son amigas de los aleros. Anidan bajo tejas y tablas de tejados, en el ángulo mismo en que el muro ya es límite. Elaboran con barro sus cubiles y hacen de su tiempo un continuo ir y venir, en vuelos de silencio y línea recta, pues nunca es de vaivén sino de trazos largos. Pero, a veces, se posan en los cables y allí entonan sus trinos, ese continuo *chirrilí* tan redicho, como de lengua sabia, que interpretan las gentes en el siguiente adagio:

—Golondrina, ¿dónde invernaste?

—En Belén, en casa de un sastre.

—¿Y qué hacías?

—Cosía, cosía.

—¿Has visto por ahí a mi maridín?

—Sí, en la taberna lo vi, borrachín, borrachín.

Llevan en sus pechugas unas plumillas rojas, como mancha de sangre. Y es que dicen las gentes que son pájaros de Dios: arrancaron a Cristo, en la pasión, de su cabeza las espinas.

Los vencejos transmiten su querencia a las torres, en vuelos como de coronación de las alturas. Amigos de campanas y sillares, su continuo chinar parece que quisiera abolir el silencio; así de permanente es su celebración. Si pudiéramos contemplar los caminos invisibles de sus vuelos, tan nerviosos y rápidos y en todas direcciones, nos hallaríamos ante el más enigmático laberinto que trazarse pueda en el aire.

Homenaje a la luz, los vuelos de los pájaros. Lo mismo que a la noche, su quietud, su reposo. Golondrinas, vencejos, tan amigos del hombre, al que siempre acompañan con sus vuelos y trinos.

Mas fijaos también en los pardales, de trayecto más corto, de cuerpo tan menudo y que tiende a la esfera, de piar tan escueto que

adelgaza los aires y fascina el oído. De balcón en balcón, de ventana en ventana, cual si quisieran dar compañía y calor a nuestros apocentados; en busca de las migas que a nosotros nos sobran, de semillas que el aire transporta con los soplos de su boca invisible.

Pájaros de las calles. Nunca nada nos piden, sino que están ahí, en su tarea hermosa de cantos y de vuelos. Criaturas menudas y con tanto fulgor en esa levedad de su materia. A veces una mano franciscana abre su cuenco y da el alimento mínimo que mantiene a pardales, tan delicados siempre, que no osan acercarse hasta la orilla de la forma que late.

Las golondrinas y vencejos comulgan en su vuelo con mosquitos, que dejan de existir para ser alimento y transformarse en fuerza que despliega el impulso de las alas.